

HÉROES OCULTOS



La vida del hombre de mar es la vida de abnegación, de sacrificio y de heroísmo. Apenas nace ya sus padres le destinan á las duras y fatigosas faenas de la pesca, en que las penalidades son incontables y los rendimientos escasísimos. El luchar incesante con las furias del mar vigoriza sus músculos y serena su espíritu de tal modo, que ya no cabe en ellos más que una especie de melancolía resignada, á través de la cual van mirando el curso de la vida. Si bien se considera, no hay heroísmo más admirable que el de esos hombres: no luchan con otros hombres: luchan con los elementos conjurados y desencadenados en contra suya, sin esperanza de gloria mundanal, ni de ostentoso renombre, ni más ilusión ni aliciente que el deseo de obtener un pedazo de pan con que sustentarse y sustentar á sus hijos.

Se levantan con el alba, ó mucho antes, saltan á una frágil barquilla, y allá van mar adentro, henchidas las velas por fresco terra), ó moviendo la lancha á fuerza de remos, á disputar á las aguas procelosas la posesión de los peces que por ellas andan, ó acaso á encontrar bajo ellas su tumba.

Y sin embargo, esos honrados y valientes trabajadores del mar no se sublevan, ni piden disminución de horas de trabajo, ni aumento de jornal, ni se reunen en *meetings* borrascosos, ni, en suma, pretenden otra cosa que pasar sus días en diaria contienda con los elementos, domeñándolos por la grandeza incomparable de la voluntad, ante la cual hasta el mismo Océano parece que se sobrecoge y amansa sus furores.

Pero ¡ah! que cuando estos estallan, no hay voluntad ni heroísmo, por grandes que sean, bastante á sobreponerse á la fuerza incontrastable del líquido elemento. Cuando las olas se encrespan y rugen,

y los vientos huracanados levantan montañas de agua, el pobre marino que se encuentra en la inmensidad del Océano se ve sin más amparo que el del cielo, y puesto el corazón en Dios y en su Madre Santísima, concentra todas sus energías y combate con fuerza más que humana para no ser absorbido por aquellas inmensas moles que amenazan desplomarse sobre él y hundirle para siempre en los insondables abismos del mar. Mas todos sus esfuerzos resultan á menudo inútiles, y se aumenta el largo catálogo de las víctimas que el mar se traga en sus insaciables furros, mientras queda en tierra una familia huérfana de amparo, sin más herencia que un copioso caudal de lágrimas y miserias.

Todos los años se repiten estas tristes escenas en las costas españolas; y es el invierno para las pobres y valerosas gentes que viven atenuadas á los productos del mar, nuncio de desventuras sin cuento y de desgracias verdaderamente irreparables.

Ahora mismo llora la villa de Zumaya la pérdida de un quechamarín de cabotaje, cuyos cinco tripulantes han perecido donde no se sabe, allí en medio del proceloso Cantábrico. Cinco honrados marineros que han llevado el luto y la desolación á otras tantas familias.

Yo los conocí y los traté. ¡Pobres marineros, tan honrados y valientes, tan extraordinariamente modestos, que ejercen un acto de heroica caridad, y ó no lo narran, ó lo refieren con ingenuidad asombrosa, como si se tratara de la cosa más natural del mundo! Aquel patrón Daniel Bidasoro, joven aún por los años, pero viejo por la sensatez y la experiencia, que ya desde niño se distinguía por su gravedad sin afectación, por la serenidad inalterable de su alma, por su religiosidad sincera, por su conducta irreprochable. Modelo de hijos, era para su anciano padre sosten, amparo y alegría. Su pérdida habrá sido seguramente sentida por cuantos le conocieron. Carácter como el suyo, secos en la apariencia, pero ricos de bondad inequívoca y no disimulada, no pueden menos de sembrar simpatías donde quiera que pasen. Y no es él sólo: dignos compañeros suyos son los que con él han perecido: como él, valientes; como él modestos. ¡Que horas habrán sido las últimas de su vida! Espesada la cerrazón, la mar convertida en espuma, no podría el frágil barquichuelo que tripulaban resistir en manera alguna los embates unidos del mar y del viento. ¡Qué angustia la de los tripulantes en aquel momento! ¡Qué oraciones las suyas! ¡Qué súplicas más fervientes á la Virgen Santísima de

Iziar, encomendándose á su amparo! ¡Con qué anhelo solicitarían la intercesión de San Telmo, glorioso patrono de la Cofradía de marreantes de Zumaya! Todo fué inútil; Dios habia decretado en sus inescrutables designios que era llegada la última hora de aquellos hombres, y sucumbieron. Pero es de esperar, piadosamente pensando, que habrán arribado al puerto de la salvación eterna, donde no hay tempestades, ni mares procelosos, ni naufragios posibles.

Ahora quedan en tierra unas cuantas familias desoladas. Caridad con ellas, socorriéndolas con limosnas y prodigándoles consuelos; caridad con los muertos, rogando por su eterno descanso. Esta es la conducta verdaderamente cristiana, y esta es la conducta que observará de seguro en la presente ocasión el noble y religioso pueblo de Zumaya.

CARMELO DE ECHEGARAY.

PIRRI.. PIFI.. PI¹



Nere auzoko dama gaztiak
 Bere aurrian
 Dauka beti chori chiki bat
 Kayol batian;
 Pirri... pipi... pi kanta ea kanta
 Egun guztian,
 Geratzen ezda goiz ezkeroztik
 Arrats-artian.

Dama gaztia josten ta josten
 Leyo ertzian,
 Atera gabe, beti onduan

(1) Composición señalada con *mención honorífica* en los Juegos florales celebrados en esta Ciudad en 1892.